

GESTOS QUE DESBLOQUEABAN LA SITUACIÓN: «UNA MEDALLA SOBRE EL PECHO»

Se me pide una colaboración para el número monográfico de esta revista dedicado al ecumenismo de Juan XXIII. Otras plumas más sabias seguirán la traza de su pensamiento; manifestado en encíclicas, discursos o sencillas palabras informales. A veces un gesto vale por muchas palabras, por cultas disertaciones. Deseo aportar un recuerdo personal de mi trato con el entonces cardenal Roncalli, en su viaje por España (1954), quien cuatro años más tarde se convertiría en Juan XXIII. A pesar del tiempo transcurrido, lo recuerdo como si fuera ayer.

Del ancho mundo del Ecumenismo, la parcela más directamente conocida por Juan XXIII era la del Oriente, cristiano y musulmán. Su paso por Bulgaria y Grecia, y más tarde por Turquía, le abrió a un mundo lejano y menos conocido por los occidentales y latinos, facilitándole el contacto con su realidad a través de personas y acontecimientos.

En las largas horas de viaje que pude con él compartir, brotaban en su amena conversación anécdotas y situaciones vividas y grabadas en la memoria. De sus años de Turquía, solía evocar su iniciativa para que en las capillas católicas diseminadas por el país bajo protección francesa se recitasen en lengua turca aquellas preces que solían cerrar las oraciones eucarísticas vespertinas: «Bendito sea Dios, Bendito sea

su santo Nombre, etc.», y que se recitaban también en España hace muchos años. Él logró que se dijese en lengua turca, con resultado de lágrimas de emoción entre los raros nativos, y creo que con disgusto entre los franceses. Era una manera de insertarse en la «inmensa minoría» de los católicos turcos, y signo de un talante personal sensible y abierto.

Mas, lo que contaba con especial complacencia era su relación con un patriarca ortodoxo en Bulgaria, al que una vez regaló una medalla del pontificado de Pío XI. Cuando moría el agraciado con el regalo, quiso que pusieran tal medalla sobre su pecho, ya cadáver. Juan XXIII lo interpretaba como un gesto mudo, pero elocuente, de una voluntad de comunión con el sucesor de Pedro.

El episodio estaba hondamente grabado en la memoria de Juan XXIII. El 13 de octubre de 1962, dirigiéndose a los observadores no católicos invitados al Concilio, les recordaría el regalo hecho al viejo prelado oriental, y el que poco después apareciese la medalla sobre el cuerpo del difunto: «yo lo vi, y este recuerdo me estremece», añadiría por todo comentario. A su gesto correspondía el agraciado patriarca oriental, harto significativo.

En un rincón de la excelente biografía de Juan XXIII escrita por Peter Hebblethwaite, en la página 178 de su edición italiana¹, vengo a esclarecer los datos del encuentro. Fue en 1927, lejos todavía de encuentros familiares de papas posteriores con Atenágoras y otros jerarcas orientales. Ya el hecho del encuentro resulta significativo por lo inusitado. El citado biógrafo lo sitúa en su contexto histórico: «El aprendizaje ecuménico de Roncalli consiste en el conocimiento de los jefes o cabezas de las Iglesias ortodoxas, que para la Curia romana no son sino abstracciones, barbudos orientales todos iguales, con una historia desconocida y una lengua incomprensible». Justamente a continuación nos descubre el citado autor al protagonista de la medalla. Era el arzobispo de Nicomedia, patriarca armeno de Bulgaria, Stephanos Hovagnimian, quien se convirtió en amigo de Roncalli.

Cuando se encontraron en 1927 tenía ya ochenta años. No era cualquiera, sino que encarnaba una historia asom-

¹ Milano 1989.

brosa. Había huido con cincuenta mil armenos de las masacres turcas de 1896, y de las aún más terribles de 1915. Constantinopla se negaba a reconocerlo, y por ello fue a visitar a Roncalli. En su haber, más abierto a los católicos, contaba con un gesto significativo: en 1883 había acogido en su catedral al Delegado de la Santa Sede con honores patriarcales. Casi cuarenta años más tarde recibía de manos de Roncalli la medalla de Pío XI, que dispuso, se la pusieran sobre el pecho tras su muerte. El anciano y probadísimo patriarca cerraba su larga y trágica carrera con un expresivo signo de comunión con Roma. Pudo verlo personalmente Roncalli, quien treinta años más tarde, ya papa, se enternecía evocando aquel episodio nunca olvidado.

Era su talante, el mismo que expresara al abrir su pontificado, presentándose humildemente al mundo: «El nuevo papa, a través del curso de los avatares de la vida, es como el hijo de Jacob, quien, encontrándose con sus hermanos de humana desventura les descubre la ternura de su corazón, y rompiendo en llanto les dice: “soy yo... vuestro hermano”». Un gesto que vale más que muchos documentos sabios y eruditos.

Prof. Dr. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS
Universidad Pontificia de Salamanca

